

MVSEVM



UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats



UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats



MVSEVM

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

MVSEVM

REVISTA MENSUAL
DE ARTE ESPAÑOL
ANTIGUO Y MODERNO Y DE
LA VIDA ARTISTICA CONTEM-
PORANEA



VOLUMEN IV



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO GRAFICO THOMAS

R. 46.138

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

RESERVADOS LOS DERECHOS DE
PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



NICOLÁS RAURICH

PANTANOS DE NEMI. (MUSEO NACIONAL DE ARTE MODERNO DE MADRID)

NICOLÁS RAURICH Y SU OBRA

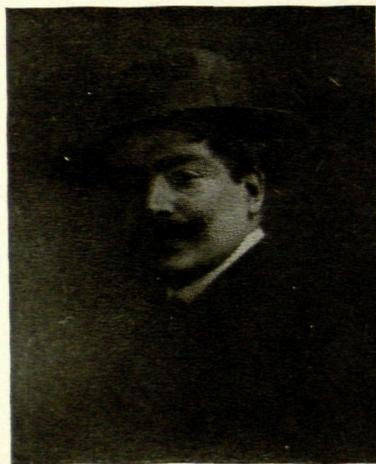
AL estudiar la obra de Nicolás Raurich entre la producción pictórica de nuestros días, y al proponernos formar juicio sobre su valor fundamental, no podemos olvidar en manera alguna, que la pintura moderna, siendo un arte individualista, traductor de sensaciones y sentimientos absolutamente personales, obliga, para su conocimiento perfecto, a dirigirse, en primer lugar, a medir el valor de ese aspecto humano que se nos revela.

Intéresanos partir de este punto y hacer constar estos principios ante el caso personalísimo de Raurich, porque cuanto más acusada se halla esta personalidad en las obras, cuanto más el hombre en ellas se nos revela, mayormente es necesaria la justificación de un principio de crítica, que va dirigido simplemente a recoger los

valores de humanidad, que son los valores esencialmente artísticos de las obras, olvidados la mayoría de las veces por los sistemas al uso, que se limitan al círculo de los valores formales secundarios, o se pierden en la va-

guedad de las regiones de lo inefable. Por lo común, prestamos poca atención a la realidad del valor humano que representa todo producto, y en lo que al arte se refiere, la crítica suele juzgar nuestra pintura, a base de principios anteriores a la acción humana que la produce. Por ello, el elogio o la condena se aplican según unas leyes de supuesto valor universal, que, si unas veces cuadran en más o en menos al caso que se discute, en la mayoría de las

ocasiones no tienen relación alguna con los valores discutidos. No; no es posible por medio de tales principios, llegar a otro fin que



NICOLÁS RAURICH, POR AREÑAS



NICOLÁS RAURICH

RUÍNAS DE NINFA. ITALIA

el de llenar cuartillas con vanos elogios o inmerecidas censuras, toda vez que siendo la pintura de nuestro tiempo la solución plástica de un estado personal, cada obra ofrécenos en su valor sustancial un caso distinto, y, en verdad, la riqueza de esta variedad humana, no puede, siguiendo las tablas de su ley, circunscribirse a una esfera de principios que no por ser fruto de experiencias pasadas, representan una realidad actual a la que debemos sujetarnos.

Cierto es que al sentar tal afirmación, sentado



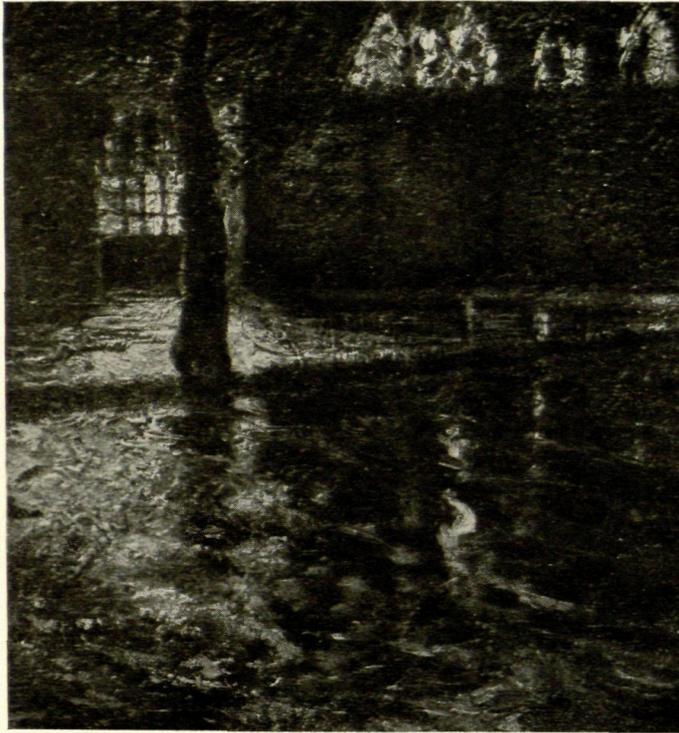
NICOLÁS RAURICH

LABERINTO. HORTA

queda un principio anárquico, del que dimana toda la crisis artística social de nuestro momento; pero siendo esta anarquía una realidad, y limitada nuestra tarea al análisis de los valores que las realidades nos ofrecen, deber nuestro es afirmarlo. No lo destruiremos tampoco juzgando «lo que es» bajo el principio de «lo que debería ser», como algunos creen, ya que usando de tal procedimiento equívoco, sólo se logra que pasen inadvertidos valores humanos de gran trascendencia, que en ma-

nera alguna puede ni debe despreciar el analista.

Hé aquí porque antes de empezar el estudio de la personalidad de Raurich, hé aquí porque al hallarnos frente a frente al caso humano que sus pinturas nos revelan, hemos insistido sobre el método de crítica que consideramos justo, ya que por él solamente nos será dada la posibilidad de establecer, según un principio natural, in-
conmovible, alguna distinciones entre lo bueno y lo malo, que nos será revelado por la mayor o menor palpitación humana que encontraremos en las obras objeto de nuestro estudio. En materia de crítica —y sea dicho esto en defensa de nuestro principio — olvidamos con harta frecuencia que el artista es un ser natural y que la obra es un producto de su naturaleza moral. Precisamente el fracaso de los principios escolásticos a que nos hemos referido — en los cuales ciertas tendencias neoclasicistas ac-



NICOLÁS RAURICH

NOCHE LLUVIOSA



NICOLÁS RAURICH

ERMITA. PIRINEOS

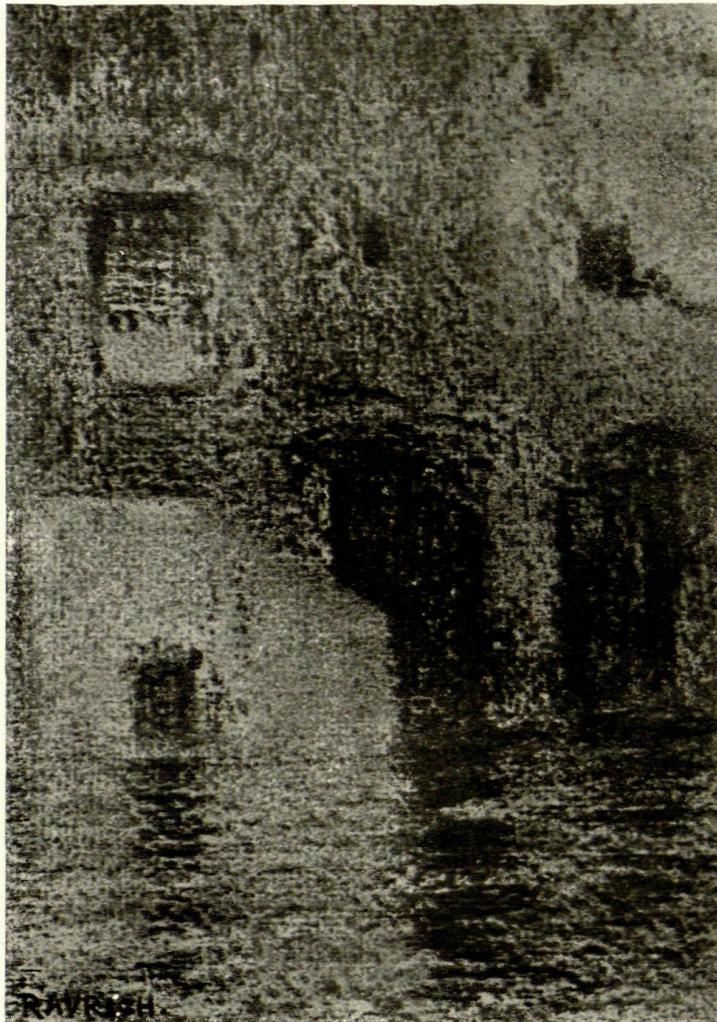
tuales corren el peligro de caer — hizo nacer entre los románticos la idea de una intervención divina exterior al sujeto productor, en la creación de toda obra que sobresaliera de los méritos corrientes. Sucedió esto, precisamente en una época de depresión humana, en la cual formábanse las modernas democracias madres del «hombre parte» y considerado como a tal el tipo humano y

abolida toda natural aristocracia, inexplicable ciertamente resultaba, la posibilidad de esa auto-elevación moral que las grandes obras de arte representan, porque era inconcebida la idea de esa posibilidad de divinización que es el hombre.

Sujetadas a un nivel común las muchedumbres, limitado el hombre a un tipo «fragmento» de un conjunto, todo lo que sobresaliera de esta unidad artificial, era considerado como una fuerza sobrenatural externa. Y de estos conceptos salieron las teorías de lo

«inefable», de «lo divino extra humano», y debajo de ellas todas las indisciplinas actuales, todas las vanidades presentes, todos los desarreglos morales, todas las tristes pasividades que esperan la hora melancólica de las divinas inspiraciones, de los contactos sagrados con el invisible, del aprecio en que tuviéronse los productos de la inercia de las facultades naturales sobre los productos del esfuerzo y del dolor creador. En este criterio rancio, en este romanticismo ridículo, en esta

ley relegadora de la humana dignidad y de su potencia, vivimos hoy, juzgamos hoy, inspiramos nuestros pobres juicios, mientras las realidades siguen su camino desarrollándose según su ley viva, su naturaleza desconocida. Por eso, al intentar recoger los valores que dimanan de los hechos actuales,



NICOLÁS RAURICH

CASUCAS DE GERONA



NICOLÁS RAURICH

CUMULUS

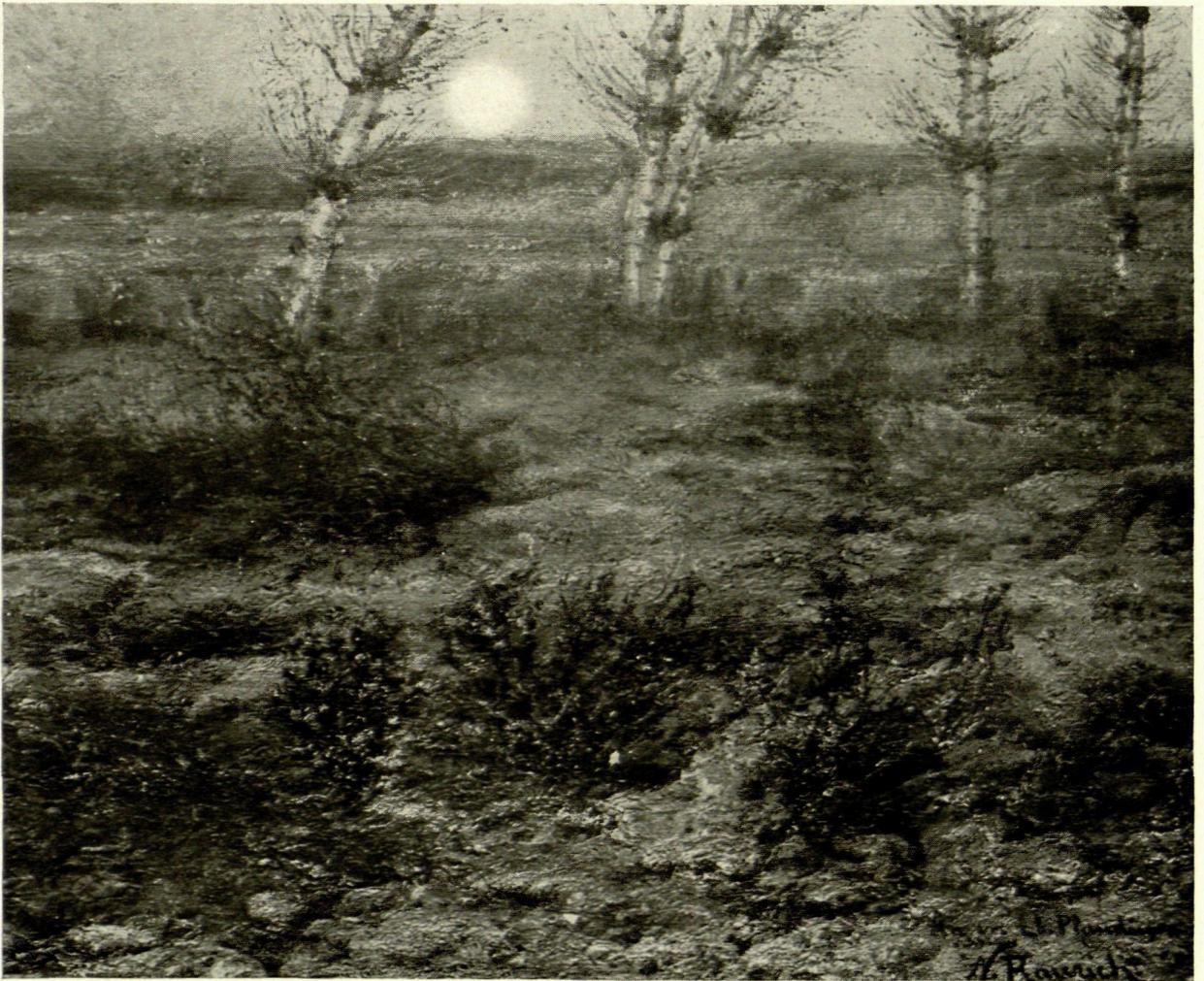
alargamos los brazos en las tinieblas y los sacamos con las manos vacías.

* *

Buscad el hombre en sus obras; escuchad el palpitante de su adoración que nos traducen, penetrad en el centro vivo de lo que nos muestra y encontraréis su alma que palpita al sagrado esfuerzo de la creación. Con ello tendréis lo sustantivo de nuestro arte, aquello por lo cual podemos juzgar de su valor, aquello por lo cual el arte es arte. Y esa palpitation humana que constituye el valor primario de la obra artística, la hallamos en las telas de Raurich. En ellas, ante todo y por sobre sus méritos, existe el sentimiento vivo de un hombre, quien ante los espectáculos de la naturaleza siente nacer la admiración que preside toda creación y que se resuelve en un sentimiento vi-



SOLITUD, POR NICOLÁS RAURICH
(MUSEO DE BARCELONA)



NICOLÁS RAURICH

PRAT DE LLOBREGAT

vificador de lo admirado que se llama «adoración». Ved su «Mar Llatina», obra, a nuestro juicio, la más completa y equilibrada de su autor, y ella en todos sus aspectos constituye la afirmación de una personalidad potente, de una humanidad fervorosa, de un lirismo abundante, lleno de una cierta barbarie altisonora.

Y en esta afirmación del hombre, hé aquí afirmado en principio el valor artístico de la obra. No importa la cualidad ni la condición de esa humanidad que se nos revela, no se trata de establecer un paralelo entre el hombre bueno y la obra buena, no es un principio ético el que se busca, sino puramente estético. De Miguel Angel a Goya, existen ciertamente diferencias esenciales; pero las

obras de Miguel Angel y de Goya tienen toda la esencia de su valor intrínseco, en la gran cantidad de fuerza humana que poseen.

¿Cómo si no fuera bajo este principio de los valores humanos, nos sería dada la facultad de juzgar entre la diversidad anárquica, antisocial de los productos artísticos de nuestro tiempo? ¿Dónde empezaría lo bueno y dónde lo malo, si no tuvieramos el límite del hombre, sobre el cual podemos juzgar, no a base de teorías, sino de principios naturales?

Despreciar este principio será abrir las puertas de la gloria al academismo sin alma, porque el juicio solo podría ejercerse por comparación entre la imitación y el modelo, como si el arte fuera un juego de copia, y no una fuerza latente del alma humana.



Todo principio gira alrededor del hombre, eje de la Creación ¿y nuestros principios seguirán otro camino? Quien busque con avidez la verdad de las cosas que creamos, no puede en manera alguna faltar a esa ley.

Por ella solamente nos será dado el conocimiento de lo real vivo, y desaparecerán los fantasmas ideológicos, organismos hechos de cerebro, sin una alma que palpita dentro el edificio de su carne gris. Por ella nos es dado conocer el valor de la obra de Raurich.

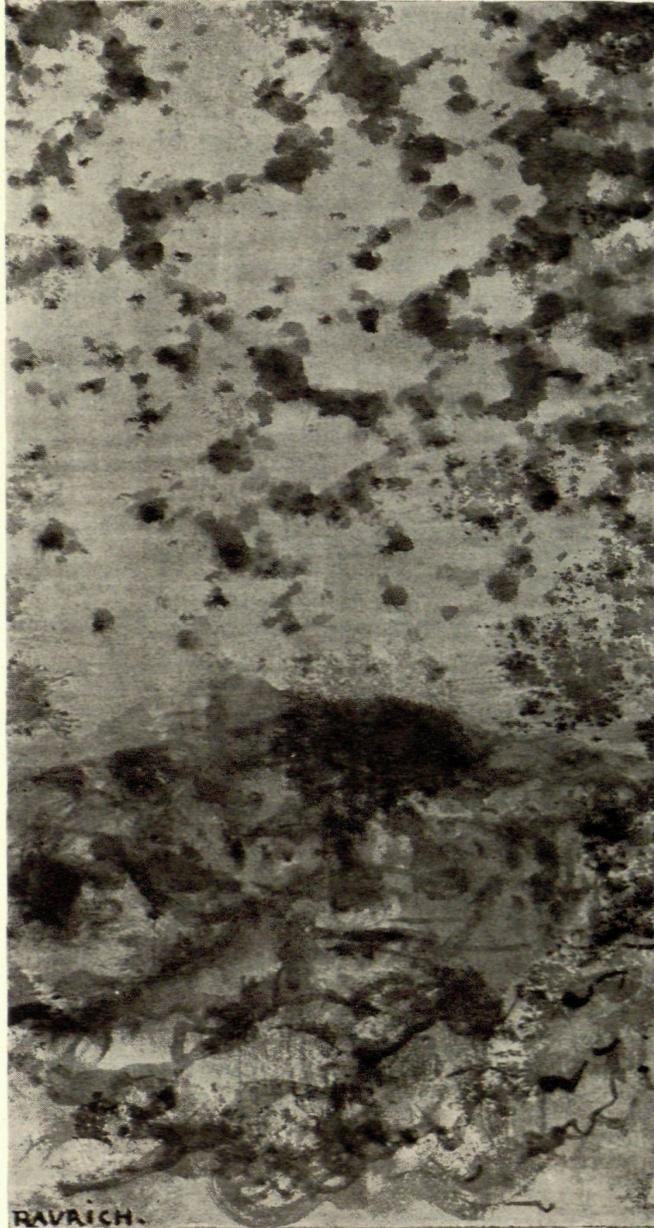
Y es que, por sobre de todo interés, el hombre admira al hombre, y la admiración asciende paralelamente a la grandeza del caso que se admira; y ciertamente en la opulencia de esa fuerza de Raurich, que tiene algo de primitivo por lo desbordante, por la magestuosa monstruosidad de su esfuerzo, por la magestad libérrima de su gesto ejecutivo, sentimos algo muy intenso, como el palpitar de un corazón muy grande dentro de nosotros mismos. Y es en el carácter de esa fuerza personal donde se manifiesta la distintiva del arte de Raurich, que hallamos ya en las obras de sus comienzos; de aquellos comienzos románticos influídos por los «éxitos de la época»

ca», resueltos por medio de teatrales composiciones; pero dotados siempre de esa potencia característica, revelada en aquellos casos por un sentimiento profundo en el drama vivo de los elementos, con sus escenas de

apacibilidad magestuosa, con sus profundas melancolías, con sus imponentes grandiosidades, con sus suntuosas luminosidades, con sus luchas de luz y de sombra.

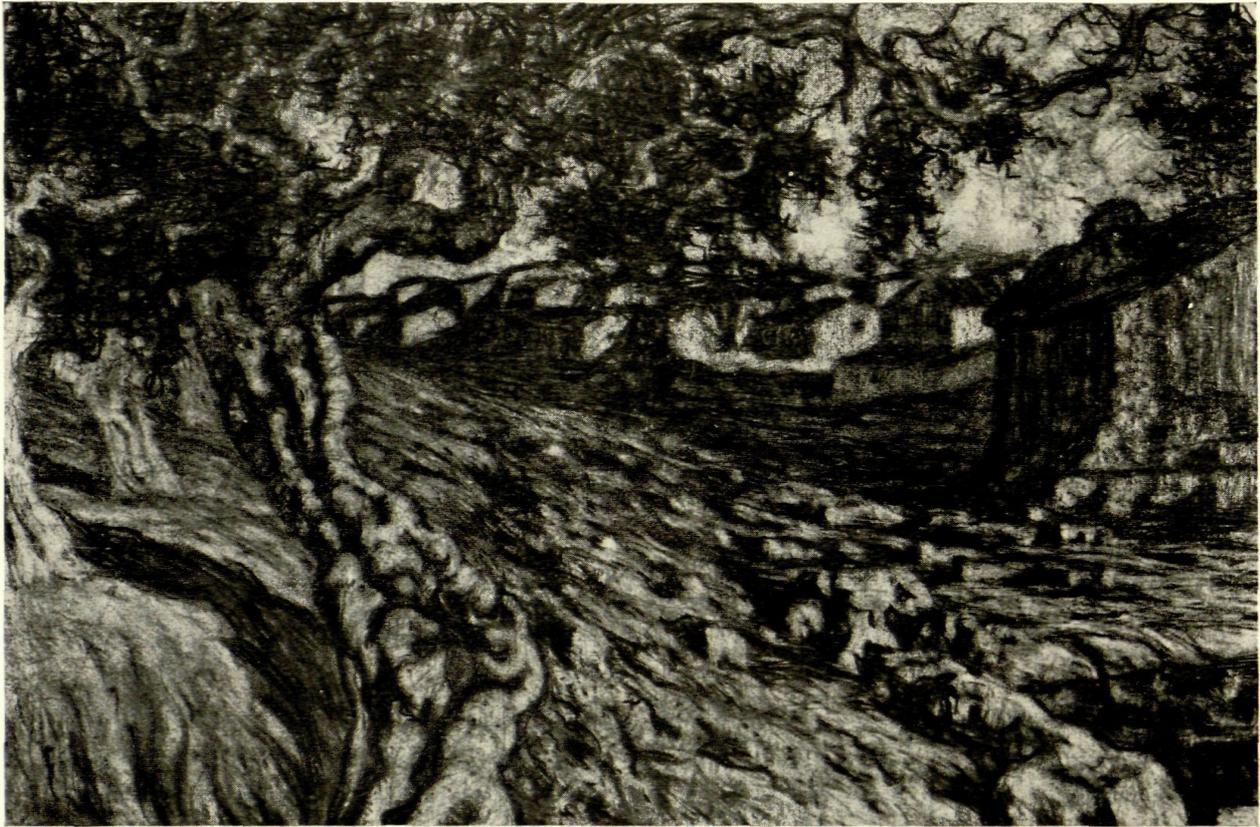
No podemos volver los ojos a sus telas primitivas, producto de una juventud florecida en plena época de romanticismo, sin encontrarnos frente a frente de esa fuerza característica que sigue siendo la distintiva de los cuadros actuales. Su «Pantanos de Nemi», premiado en la Exposición Nacional del año 1897, su «Estanques del Pirineo», su «Lago de Ninfa», melancólica visión de las llanuras de Lacio, nos revelan ya, con un acento fuerte, el alma del futuro visionario de la grandeza de nuestra «Costa Brava»

besada por el incomparable azul del mar latino. Porque aquella misma grandilocuencia, que en acentos bituminosos describe la profundidad melancólica del valle pirenaico, con sus lagunas inmóviles y legendarias, donde se refleja el paso lento de las



NICOLÁS RAURICH

NOCTURNO



NICOLÁS RAURICH

TERRAL. LA JUNQUERA

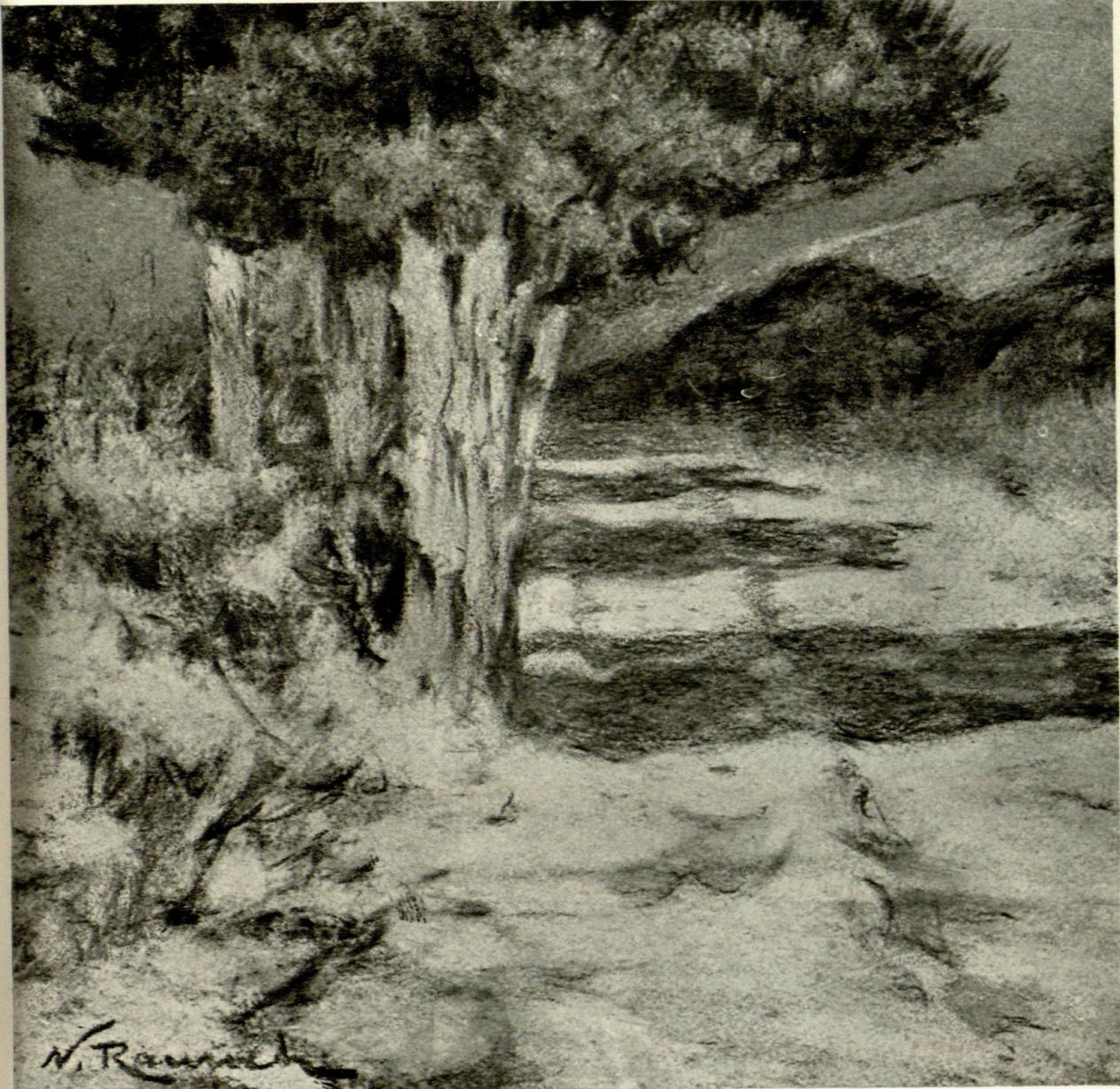
neblinas crepusculares, es la misma fuerza que años después nos describirá la pompa azul y oro de nuestro mar, y logrará resolver con una definitiva maestría, el árduo problema de la luz de nuestra tierra a la que solo una fuerte potencia de colorista como la suya podía llegar.

* *

Pero esta esencia humana plasmada en las telas, no es el producto de una auto-exaltación morbosa, sino el fruto natural que nace de un contacto con la realidad que se admira. Es el momento de reflexión del espectáculo, en la placa sensible de nuestra alma, que Maragall nombró «momento estético», cuando la presencia muda de las cosas conmueve nuestra humanidad, que las recibe y humaniza, dotándolas de una vida, que es aquella «alma del paisaje» de los románticos, la penetración del hombre dentro los cuerpos, esa fuerza que da a las líneas y a las

masas, a los colores y a los volúmenes una exaltación elocuente por medio de la cual nos explican el sentido y la ley de su existencia.

En este «momento estético», que es el momento de la concepción, es donde el analista debe buscar los caracteres especiales de esta impresión que se produce en el alma del artista. Precisa, para determinar las diferencias que separan a un artista de otro artista, a un pintor de otro pintor, analizar los elementos que constituyen esa placa sensible, para observar a cuales de los elementos exteriores se conmueve con más facilidad. Porque, en efecto, dentro este estado receptivo, es donde se caracterizan las personalidades, donde se determinan las preferencias. Unos conmovidos por el color, los otros por el arabesco de las líneas, los otros por la sustantividad y la construcción de los volúmenes o por el sentimiento que produce la expresión fatal de toda forma, los de más allá encanta-



TORRENTE DE GAVÀ,
POR NICOLAS RAURICH

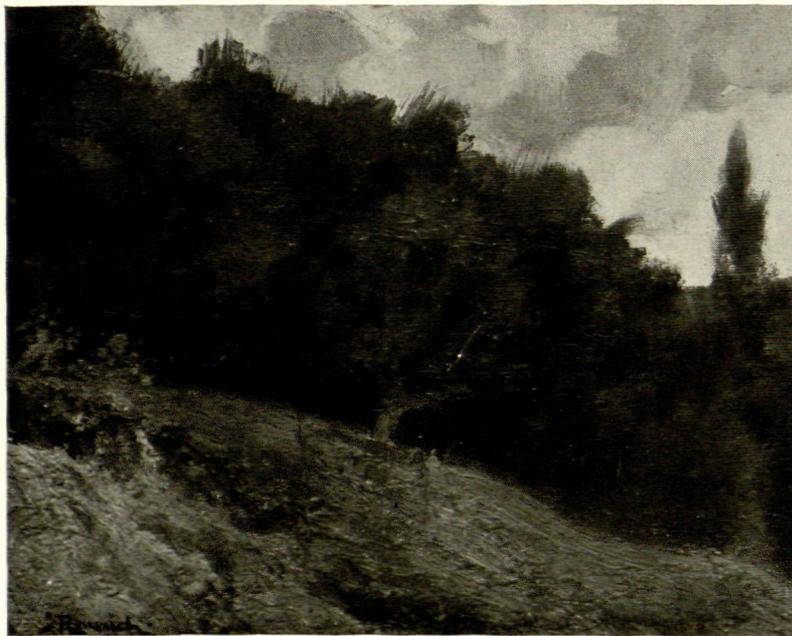


NICOLÁS RAURICH

TRISTEZA OTOÑAL

dos ante los velos de luz fluída con que el ambiente armoniza las cosas, todos al penetrar el encanto de la naturaleza, la humanizan, viéndola ante sus ojos, como si ella fuera la expresión justa de su sentimiento. Por eso, el paisaje es humanizado y es superior a toda cosa tangible, la subjetividad que la enriquece, sembrando los áridos campos de la ma-

teria de flores de espiritualidad. Al analizar la personalidad de Raurich, por medio de una reconstrucción ideal de su momento estético, interrogamos sus obras, las cuales, con su maravillosa expresión, nos dicen, que a ese hombre le distingue una plenitud de percepción, que abarca varios de aquellos elementos que en otros artistas constituyen sentimientos



NICOLÁS RAURICH

ARBOLEDA



MAR LATINA, POR NICOLÁS RAURICH

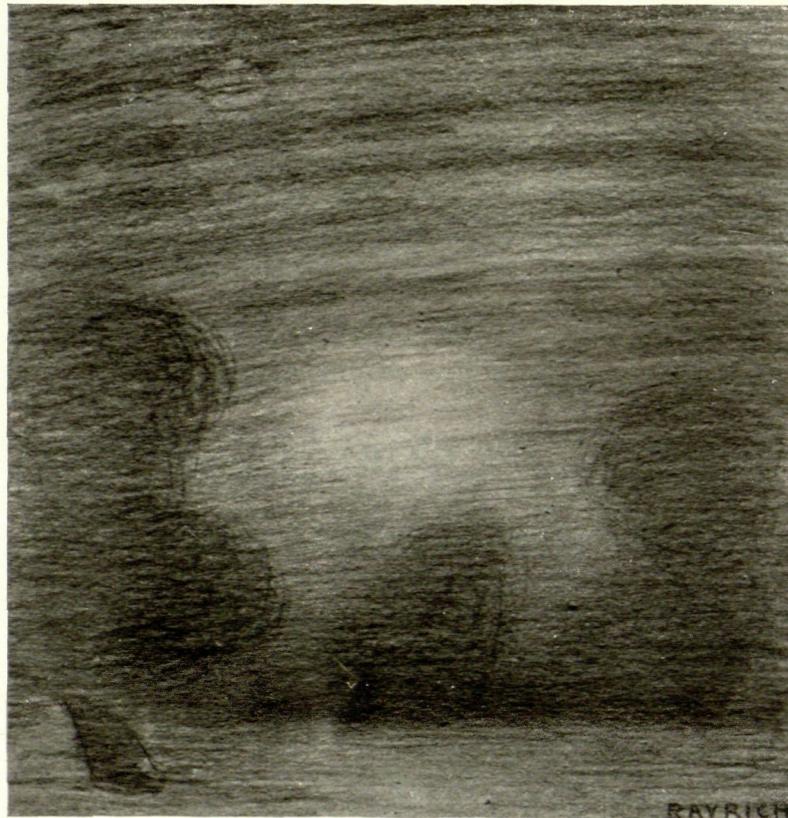
especiales. Porque, en efecto, Raurich, une a una fuerza de colorista potente, insuperable, un sentimiento vivo, dramático, de las cosas de la naturaleza. En su placa receptiva no se reflejan solamente las manchas coloridas cantando la melodía de sus valores, sino la forma, con su sentido propio, con su expresión característica, con su oficio sobre el plano de la visión donde se dibujan. Sobre esta base fundamental, equilibradísima de las visiones de Raurich, se levanta altivo, potente, con una magestad desbordante, un sentimiento profundamente dramático del paisaje. Su «Mar Llatina», parece ser como la áurea tragedia de la inquietud del mar sonoro, besando las rocas eternamente, que brillan como llagas vivas debajo el sol ardiente, incomparable. No podemos fijar los ojos ante esa visión magnífica, de suntuosidad sin igual en nuestra pintura, sin sentir en el alma nacer un sentimiento de admiración por una potencia invisible que nos inunda con su fuerza salvaje, de divinidad primitiva. Raurich es el dramático de nuestra escuela de paisa-

je; porque no es solamente en su «Mar Llatina» donde tal sentimiento se revela, sino en todas sus obras, una a una; y si en las de los primeros tiempos hallamos resuelto este sentimiento en un tema, (que por ser todo tema un propósito anterior al «momento es-

tético», tiene un marcado carácter de inferioridad), lo encontramos vivo, hijo de los contactos naturales en las más posteriores que representan lo mejor de su producción.

Sus «Costas de Pineda» que parecen un avance de la hermosa tela de la Colección Plandiura: «Terruños de Montgat», son una afirmación de que el Raurich de los escenarios teatrales de sus primeros días, no es un efectista, sino un temperamento dramático, que bajo el yugo de los principios escolásticos (de entre las ruinas de los cuales renace al pintar sus «Costas de Pineda») traduce un sentimiento puro y elevado de su dramatismo, envuelto por las fórmulas en boga en aquel entonces. En efecto, sus «Costas de

Pineda» representan, como hemos dicho ya, su liberación y el nacimiento de sí mismo sobre sus facultades naturales; y, a la vez, une esa tela, a su valor artístico, el valor del abandono de un camino en el cual alcanzó lauros y aplauso. Raurich, con sus «Terramolla» y sus «Lagos de Ninfa» tenía un público; ese público que necesita sentimientos resueltos, y del



NICOLÁS RAURICH

PLENILUNIO

escenario, que le ayuda a conocer el alma de los personajes; y, a pesar de esto, pinta sobre las bituminosas melancolías ayer triunfantes una tela llena de luz y de fuerza joven, libre de toda esclavitud de composición y exenta de toda teatralidad. Pero su drama-



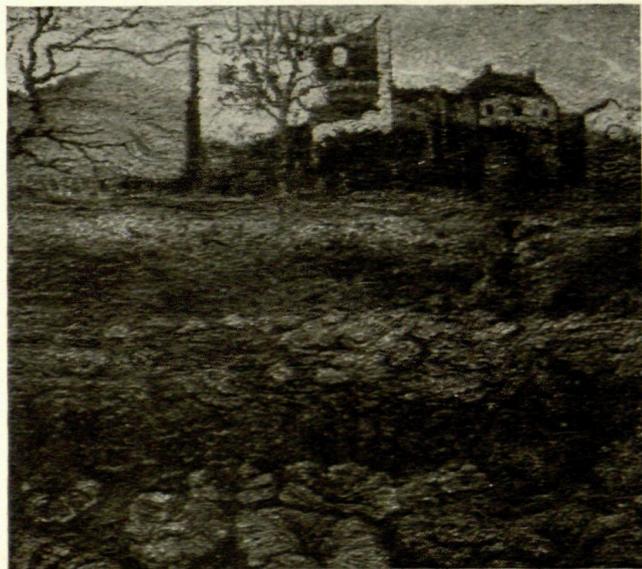
NICOLÁS RAURICH

SALIDA DEL SOL EN LOS PIRINEOS

tismo, que era lo puro, lo fuerte de sus composiciones anteriores, no desaparece, sino que se afirma y se dignifica; se exalta y se ennoblece, haciéndose asequible sólo a aquellos espíritus selectos que no necesitan del escenario y la ficción para estimular su alma a la emoción estética. Su «Costas de Pineda», a pesar del cambio que representan dentro la primera mitad de su carrera artística, constituyen una afirmación de ese dramatismo. Son el drama de la esterilidad esforzada de un peñasco hirsuto, calcinoso, ante el espectáculo magnífico del mar. Todo el interés en esa pintura, se concentra en ese pedazo de tierra, de esa pobre tierra donde solo nacen los cardos y las yerbas inútiles, tímidas para nacer y para morir. Es un espectáculo de tristeza ante la alegría y la inquietud magestuosa del mar; y es admirable la voz con la cual Raurich salmodia las estrofas de ese poema de tristeza y de impotencia, construyendo con un humilde sentimiento de exactitud los incidentes formales de aquel pobre cuerpo infecundo, la calidad de su materia estéril, el surco de las aguas sobre su carne

muerta, las manchas grises de la mísera vegetación que acompaña la desolación de su presencia. Pero ese cambio de Raurich implica algo más que una elevación de su espíritu. No es fácil en pintura expresar los sentimientos que ofrece el espectáculo desvelándose ante los ojos del artista. Para la plasmación de estos momentos estéticos precisa algo que está en la materia, algo muerto, sobre lo cual es preciso ejercer un dominio decisivo, algo que obliga a una lucha tenaz, ardorosa. Los recursos de lo teatral (de los cuales nacen las

maneras) no son posibles ante lo inesperado de una visión. Por eso, el academismo que significa la recolección de recursos para resolver los problemas que puedan presentarse, no es admitido ante esa posibilidad constante de lo inesperado que constituye la juventud eterna del artista. Juventud a cambio de



NICOLÁS RAURICH

SUBURBIOS DE BARCELONA



NICOLÁS RAURICH

ESTUDIO. CANET DE MAR

la lucha, emoción a cambio del esfuerzo para plasmarla, siempre joven pero siempre inquieto para poder sacar del balbuceo infantil, la palabra concreta que exprese el sentimiento sólo alcanzable a las almas jóvenes. Hé aquí la lucha, hé aquí el drama, hé aquí el tormento sólo resistible por los de temple fuerte, como nuestro Raurich.

Sólo con esta virtud del esfuerzo y con esa potencia de luchador, era posible llegar a sus luminosidades. Raurich, sin duda alguna, es, con algunos pocos, de los que han logrado de una manera definitiva resolver el proble-

ma de nuestra luz. Sus telas luminosas, son dentro de nuestra joven escuela luminista, un rayo de sol puro, triunfante entre una multitud de cuadros amarillos que parecen enfermos. Y hablamos de esfuerzo, y de virtud de esfuerzo, porque Raurich no es un pintor fácil. Su manera es más bien premiosa, insistente, torturada en cierto modo. La facilidad de oficio de un Sorolla, por ejemplo, dimana de una visión limitada de las cosas. Un estudio experimental sobre las relaciones existentes entre las facultades visuales y la facilidad pictórica, daría lugar a una exacta compro-



NICOLÁS RAURICH

ESTUDIO. CASTELLTERSOL



EL TOQUE DE AVE-MARÍA.
PIRINEOS, POR NICOLÁS RAURICH

bación de lo que afirmamos; pero limitado nuestro trabajo al comentario de la obra de Raurich, podrá servir de comprobación a lo afirmado, la prueba de que a toda facilidad de manera, a toda pincelada elegante, distraída, fácil, corresponde una ausencia absoluta de profundidad y de intensidad humana.

Sobrados casos se nos ofrecen para afirmarlo así, y entre ellos los principales de la moderna escuela valenciana que el maestro Sorolla merecidamente preside. Todo virtuosismo, toda manera, trae consigo el *habitudismo*. Para aquel a quien el mundo le ofrece visiones siempre nuevas, toda manera, todo sistema es inútil. Para quien como Raurich profundiza, no son posibles las facilidades, porque su oficio no es un fin, sino un medio. Para expresar no es la facilidad lo que conviene, sino el dominio; y el dominio sobre la materia, éste sí que Raurich lo posee como pocos de nuestros pintores.

* *

Unas conclusiones sobre el caso Raurich podría-



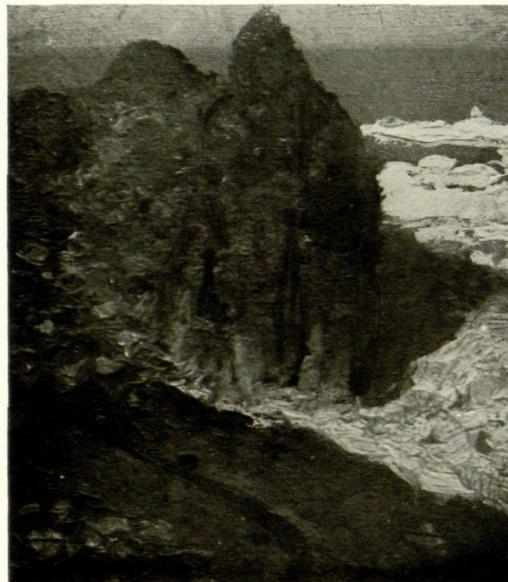
NICOLÁS RAURICH

COSTAS DE GARRAF

mos dejar sentadas después de lo que hemos dicho, con las cuales vendríamos a comprobar los valores del artista que tratamos de conocer por este estudio. El más sobresaliente es el de una fuerza de espíritu potente, de una facultad de vibración, de una sensibilidad afinada que palpita ante el espectáculo de la vida con gran intensidad. En el reconocimiento de esta fuerza, afirmamos definitivamente el valor artístico de la obra de nuestro

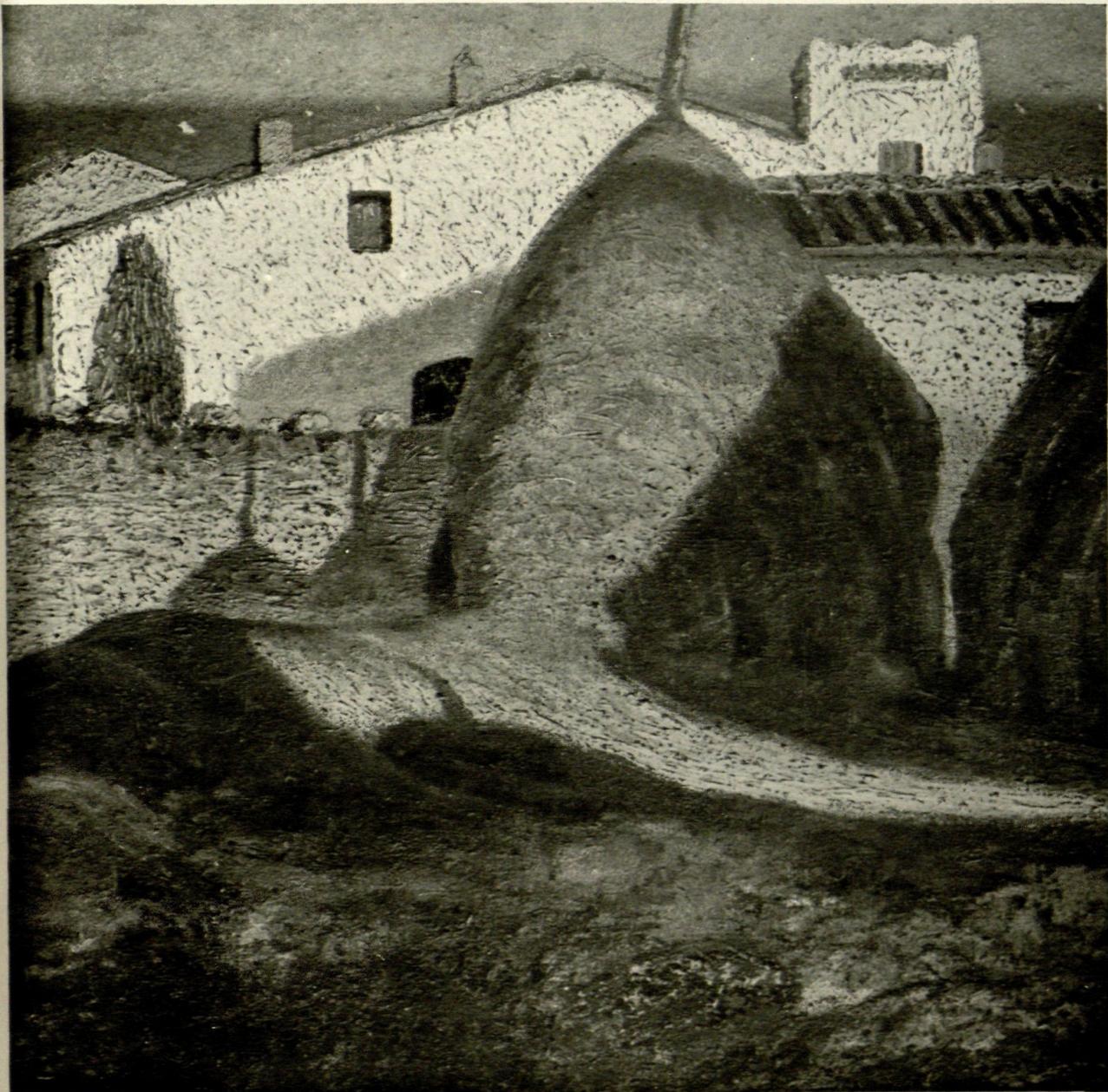
pintor, ya que por ella encontramos revelada su personalidad en las obras, humanizados los espectáculos que nos traduce, con lo cual alcanzado queda el ideal de la pintura moderna.

En segundo término, hemos señalado la visión dramática que de las cosas tiene Raurich. Y por ella conocemos el carácter de los momentos estéticos del artista. Merced a estos conocimientos podemos, pues, situar la obra de Raurich en su lugar, dentro las corrientes generales de la pintura catalana y dentro las fuerzas personales que como la suya se han des-

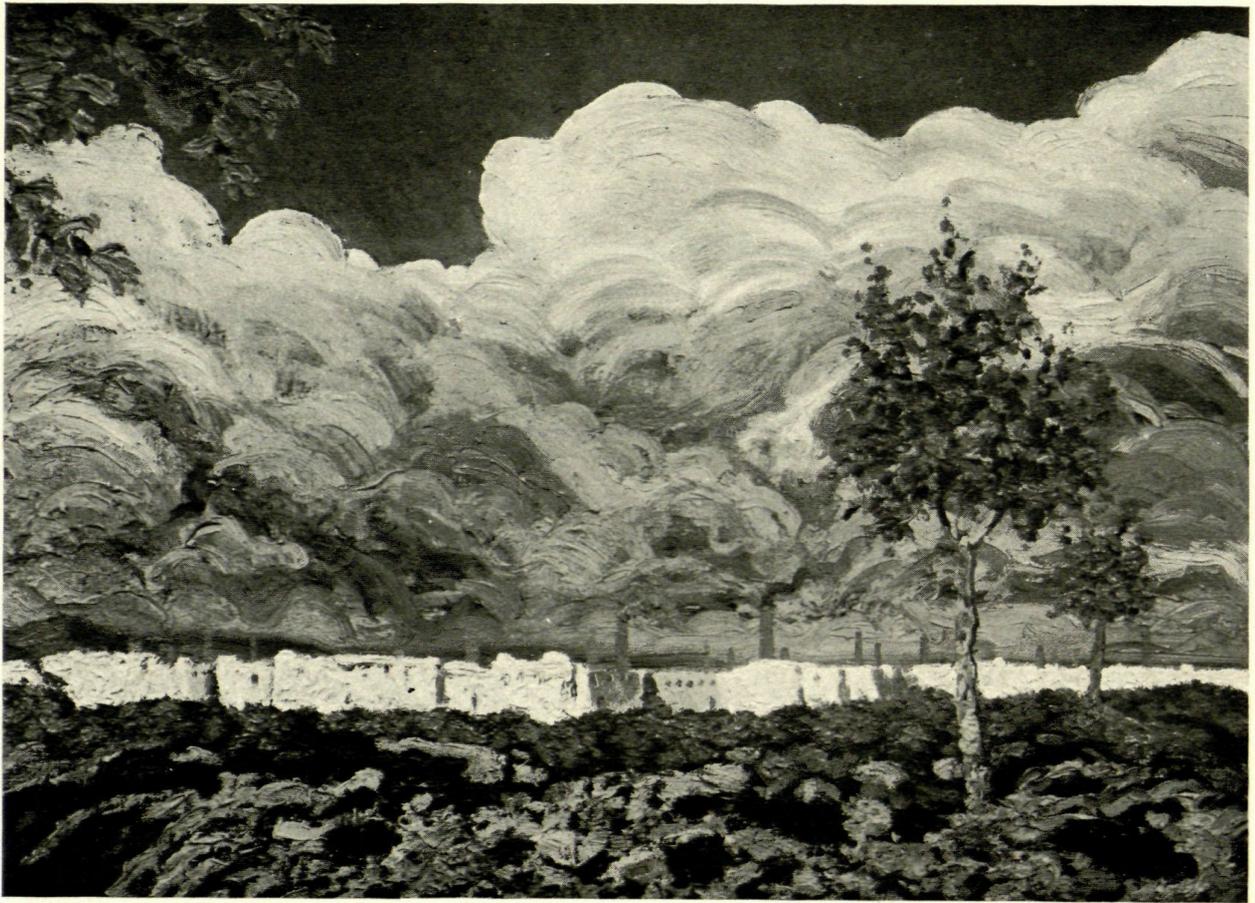


NICOLÁS RAURICH

ESTUDIO. BARCELONA



JUNIO. SAN CUGAT DEL VALLÉS
POR NICOLÁS RAURICH



NICOLÁS RAURICH

SAN MARTÍN DE PROVENSALS. BARCELONA

arrollado entre nosotros. En tercer término, hablamos de la técnica y le negamos toda habilidad, toda facilidad; más bien afirmamos su manera premiosa e insistente, pero con ella, su dominio absoluto de los elementos materiales, para lograr la nota justa de su visión personal.

La fuerza de espíritu que le hace artista. El sentimiento de las cosas que entre los artistas le distingue, y las maneras materiales con que traduce su fuerza y sus sentimientos. Veamos, pues, como se desarrollan estos elementos a través de sus obras.

El valor innato de un artista cae en el mundo del arte inconscientemente y como una materia blanda se amolda a los elementos exteriores que le rodean, se conforma a las leyes establecidas en el momento, a las maneras y a las corrientes en boga. Raurich es un valor primario que cae sobre nuestro

escenario romántico, en el momento en que se desarrolla una educación artística fría, con principios definidos, con recetas para la composición, con ideas determinadas sobre lo sublime, con proporciones dadas para lograr la grandiosidad, con temas convenidos y definidos dentro un organismo de categorías que funciona según el reglamento de Academias.

Como muchos, Raurich empieza su vida aplicado al comercio, pero una fuerza que diríase extraña a su naturaleza, pero que es su naturaleza pesando según su ley de gravitación, le lleva a su camino. Este valor nuevo, sin otra fuerza que su propio peso, sin otra ley que su inercia cae sobre las cosas establecidas, y se amolda a ellas, y como a fuerza inconsciente, blanda y adaptable, es invadida, nutrida por los principios exteriores, y de informe que era, se forma según la nutrición recibida.





NICOLÁS RAURICH

VISIÓN NOCTURNA. SAN CUGAT DEL VALLÉS

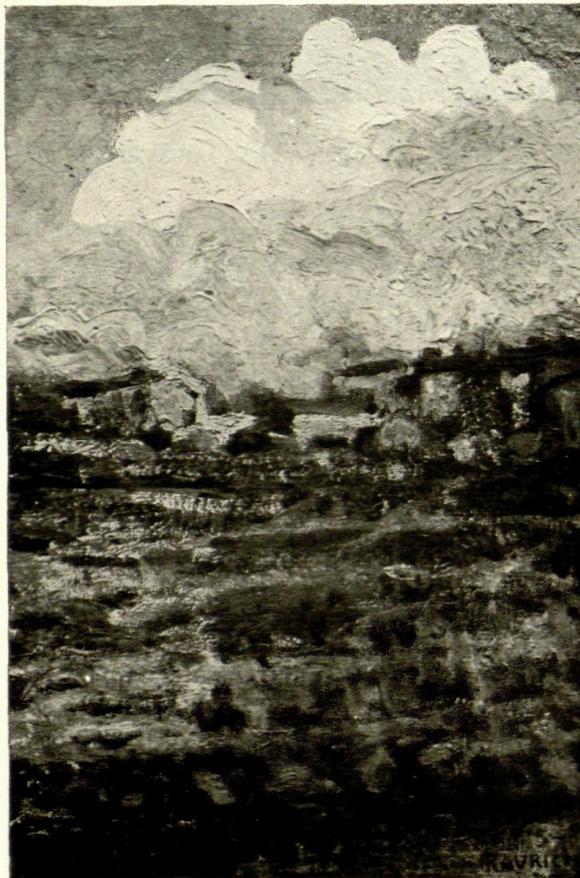
Sus obras de los primeros tiempos, de las que hablamos ya, traen la fuerza, pero desarrollada según los elementos que el momento le ofrece y en los cuales ha tomado forma. Sus lagunas melancólicas, sus bituminosas telas de gran tamaño, con las indispensables ruinas, al lado de los estanques dormidos, huelen a pensionado en Roma, a rancio academismo, a esfuerzo poderoso canalizado, anorreado bajo el peso de las fórmulas impuestas por la época. Su sentimiento, asimismo, acójese a las maneras expresivas del momento, y ese pintor que llevaba en las entrañas la luz de todos sus cuadros actuales, vedlo buscando las penumbras crepusculares, los espectáculos melancólicos, los temas trágicos, para explicar este su dramatismo característico.

Era el momento en que el sentimiento de las cosas según ley había de ser resuelto en

un tema de interés público, para quedarse en el fondo como las moralejas de los cuentos para niños. No era la vida misma, las cosas humanizadas que nos contaban el drama de su existencia, sino que el sentimiento debía de ser ordenadamente servido al espectador como en una representación teatral, por medio de los personajes en la pintura anecdótica, por medio de los bastidores, y el telón de fondo en el paisaje neoclásico. Raurich nació a la vida artística envuelto con tales pañales, y sus primeros pasos muestran como un jugo viscoso las bituminosas melancolías.

Aquellas antiguas producciones, entre la luz de los cuadros actuales, aparecen como un terrible sueño de la niñez, las angustias del cual renacen aun entre la neblina sonriente del recuerdo. Pero hé aquí llegado el momento de la liberación de estos principios,

Hé aquí el caso natural artístico, dejando el pecho de su nodriza que le dió la redondez de sus primeras formaciones, buscando por medio de las fuerzas por ellas adquiridas, su propia ley, reconstruyendo el movimiento de su propia gravitación, conociéndose a sí mismo, desarrollándose por medio de esa auto-acción que es como un capital dado que por su solo propio movimiento se aumenta, se dobla, se amontona en proporción siempre creciente. La ley del propio impulso, ley de toda vida, centro de toda energía verdadera y de todo valor real, es la que muestra Raurich desde el instante en que abandonando sus melancólicas lagunas, a las que añadió como un aspecto evolutivo algunas escenas de suburbio fangosas y tristes, deja con los primeros éxitos y los primeros lauros de su carrera el camino de la tranquilidad, que es lo consagrado, lo muerto, por el camino de la inquietud, de lo discutido, de lo que nos muestra la constante variedad de la vida, que es lo vivo.



NICOLÁS RAURICH

ESTUDIO. CASTELLTERSOL

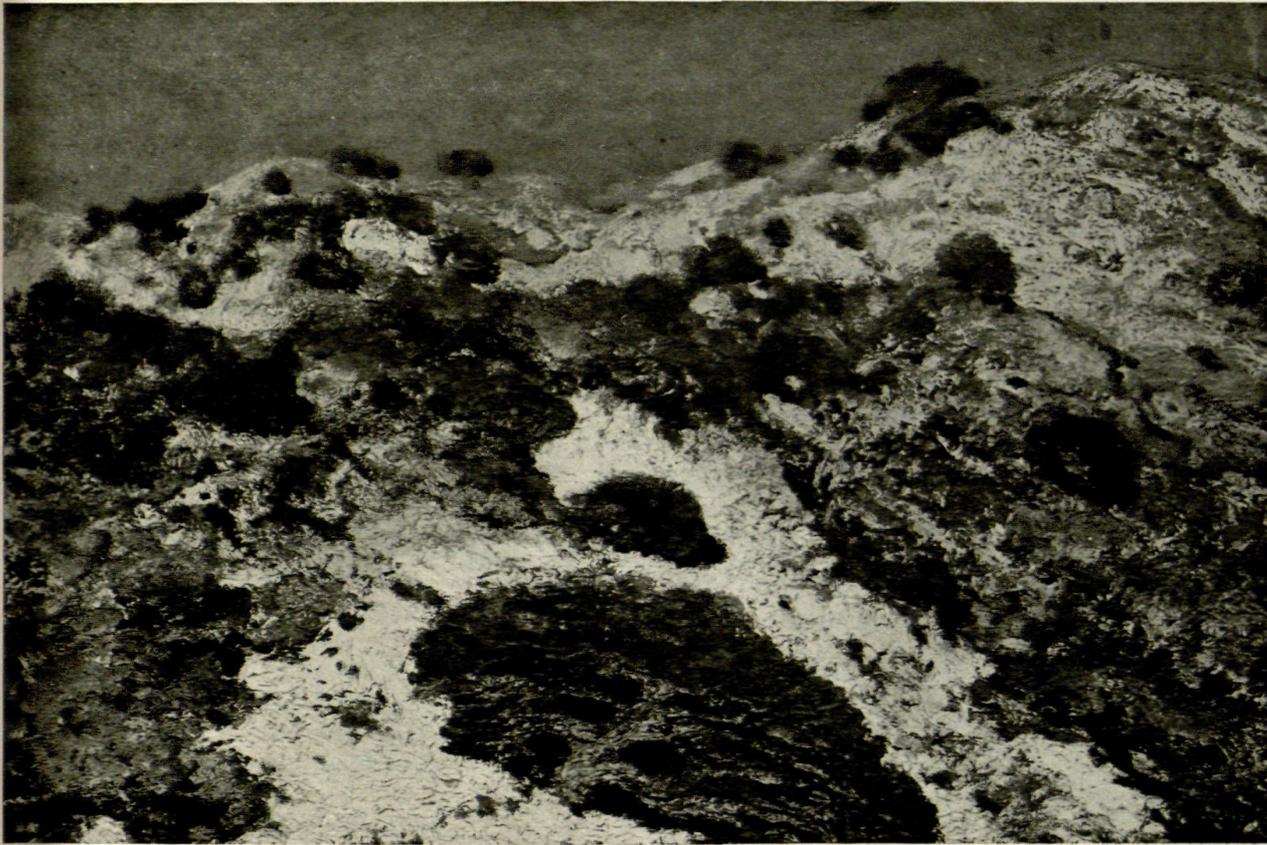


NICOLÁS RAURICH CORRAL. SAN CUGAT DEL VALLÉS

La juventud eterna, es aquí, en lo nunca resuelto, en el ideal nunca alcanzado, en un más allá que vive en la entraña misma del misterio del hombre, que empuja a las fuerzas de su palpitante humanidad a un eterno camino, a una acción constante, a una agilidad de espíritu que es la verdadera juventud, la larga juventud de los grandes maestros.

Raurich vive esa juventud dichosa. La plenitud del inquietismo, roe ávidamente las fuerzas que pudieran llevar su alma al reposo. Vive el drama mismo de la vida, el dolor de donde nace la alegría, la inquietud eterna de las cosas que les mueve hacia un ideal de perfección, la vibración interna de la tierra bajo el reposo ondulante de sus colinas, el dolor de la creación hijo del esfuerzo, que adorna con las galas de lo vivo sus enjendros.

Todo aumenta alrededor de ese centro. Todo se nutre de su fuerza propia, todo se acumula alrededor de esa potencia inicial, y



NICOLÁS RAURICH

TERRUÑOS. MONGAT

una vez dado el empuje primario, sólo la gloria espera al extremo del camino, con las manos llenas del reposo de la muerte; el único reposo de la vida, donde la juventud se hace ejemplo y la inquietud se hace ley.

Desde ese instante de un interés preferentísimo en la obra de Raurich, en que el artista deja sus escenas compuestas para andar con la vida y entregarse a su variación constante, su producción, con más o menos de aquellos valores aprendidos, con fortunas accidentales más o menos marcadas, tiene ese empuje juvenil de la sed de un más allá. Desde sus jardines primeros, notas de sol de tarde besadas aún por las auras melancólicas de sus principios, a las agudeces luminosas de sus últimos tiempos, abundantes de fuerza y de color, pasando por el cielo profundamente poético de sus nocturnos y por sus demasiado compuestos escenarios montañeses. Raurich vive, palpita agitadamente, pone en uso todas las técnicas, acumula la

pasta para lograr los efectos propuestos, lucha con la materia tenaz y duramente, resuelve los problemas de la luz, se infiltra hasta las profundidades esenciales de las cosas, y esta lucha la sostiene día tras día, siempre nueva ante la novedad del espectáculo, siempre joven al lado de la nueva emoción recibida.

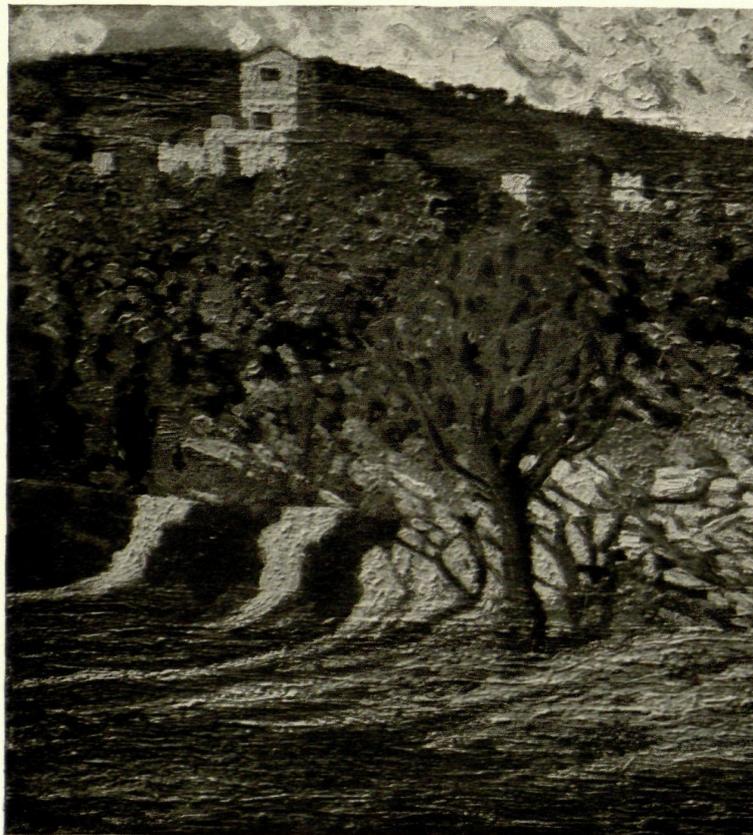
En esa constante exaltación las cosas toman su elocuencia, hablan de su vida, nos revelan su esencia. Esta es la fuerza del Arte, la esencia viva de las cosas, viva porque se humaniza vaciándose en el alma del artista. Por esa ley su «Mar Llatina» canta la inquietud eterna de las olas, la magestad de las peñas doradas, donde la espuma teje la gracia de sus guirnaldas vaporosas, donde la barca lejana nos cuenta su historia humilde, y la casa blanca y sencilla canta por la sola virtud de su presencia su sinfonía doméstica. Por esa ley hablan su «Terruños de Mongat», pedazo magistral de pintura constructora, de la ley de la tierra, como sus apoteósicos

valles pirenaicos rezan el misterio profundo de la montaña, con sus sublimidades salvajes y sus legendarias penumbras cortadas por la luz inesperada del sol que llega a ellas por entre los dientes agudos de la sierra, como sus tenues nocturnos y sus crepúsculos dulcísimos cantan la noche azul, en el misterio de la cual las cosas viven su presencia sublimada, como espectros de su mismo ideal. ¿A qué detallar cuadros, tela por tela, juzgando sobre los valores incidentales que cada uno pueda ofrecernos? Las reproducciones que acompañan ese intento de estudio de la personalidad de Raurich, mejor que nosotros cumplirán lo que la pluma no podría cumplir. Conocéis de su autor la fuerza nativa, la potencia de su espíritu, conocéis su sentimiento de las cosas, es decir, las cualidades de las



N. RAURICH

BORRASCA



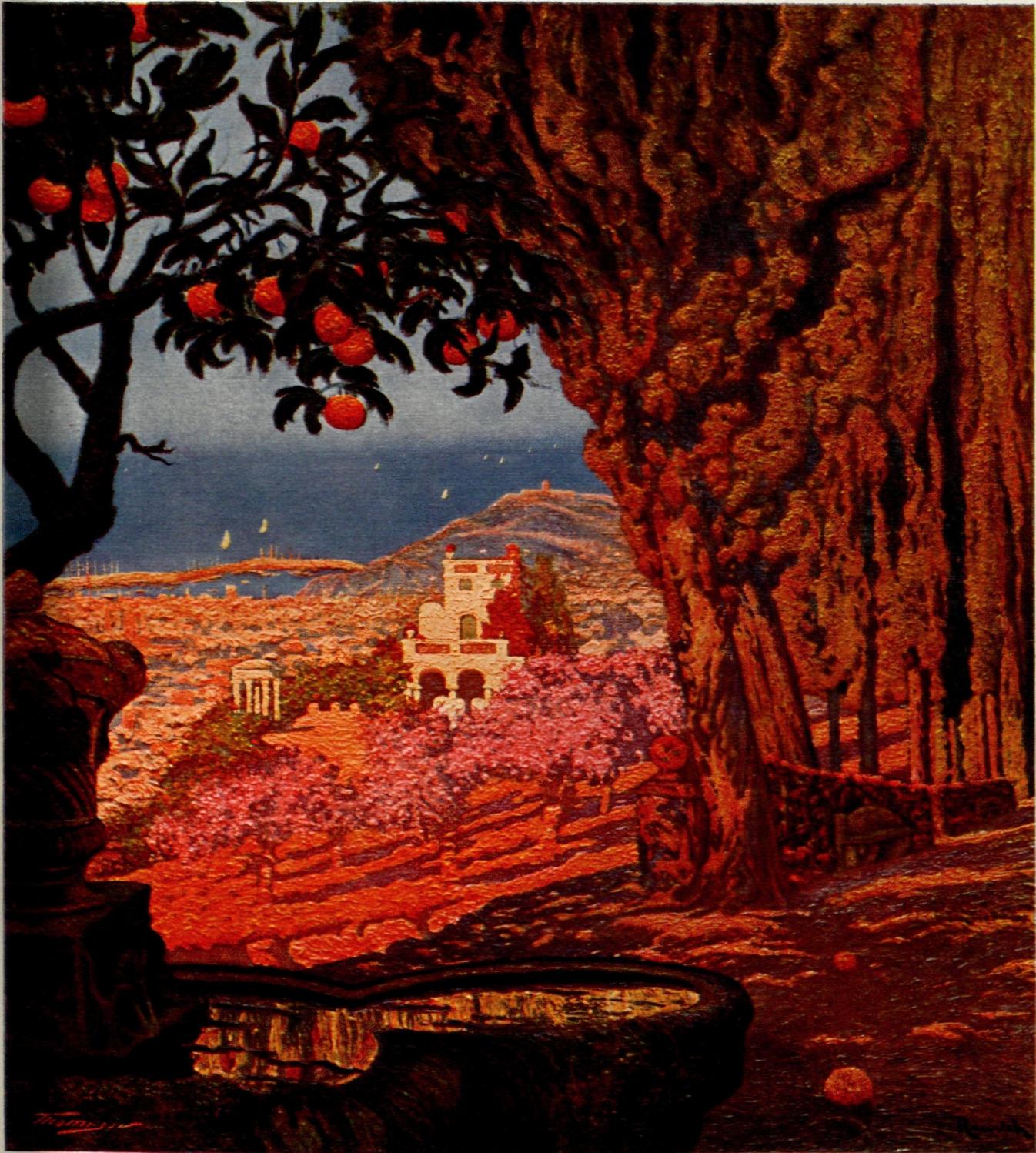
N. RAURICH

NOVIEMBRE

cosas ante las cuales su alma especialmente se conmueve, conocéis su técnica costosa, dura, donde la materia se acumula en grumos, se dilata en vírgulas, se ordena no según un principio apriorístico, sino obedeciendo a las ansias de expresión perentorias. ¿Qué podéis pues conocer mejor que sus obras mismas hasta allí donde pueden llegar los modernísimos procedimientos de la reproducción gráfica? En ellas es donde encontraréis la emoción pura de lo vivo, la elocuencia exaltada de lo palpitante, la lirificación y la humanización de la realidad que es el Arte.

* *

Pero, veamos de situar esta obra al conocimiento exacto de la cual procuramos llegar dentro las corrientes estéticas que han cruzado y cruzan sobre nuestra tierra. Porque dentro de aque-



FRICROMIA, THOMAS-BARCELONA



lla liberación de Raurich de los principios académicos había escondido un eco de la palpación de los tiempos que mueve a los hombres con una misteriosa unidad, uniendo todas esas progresiones individuales que la inquietud empuja, dentro la esfera de una inquietud más extensa, dentro un ritmo de progresión más general en que se mueve el pensamiento humano.

Era aquel momento en que después del triunfo definitivo de la pintura de la luz en Francia, en que Manet y sus discípulos acababan de subir el calvario y eran admitidos en los Salones oficiales, llegaban aquí lejanos, retardados,

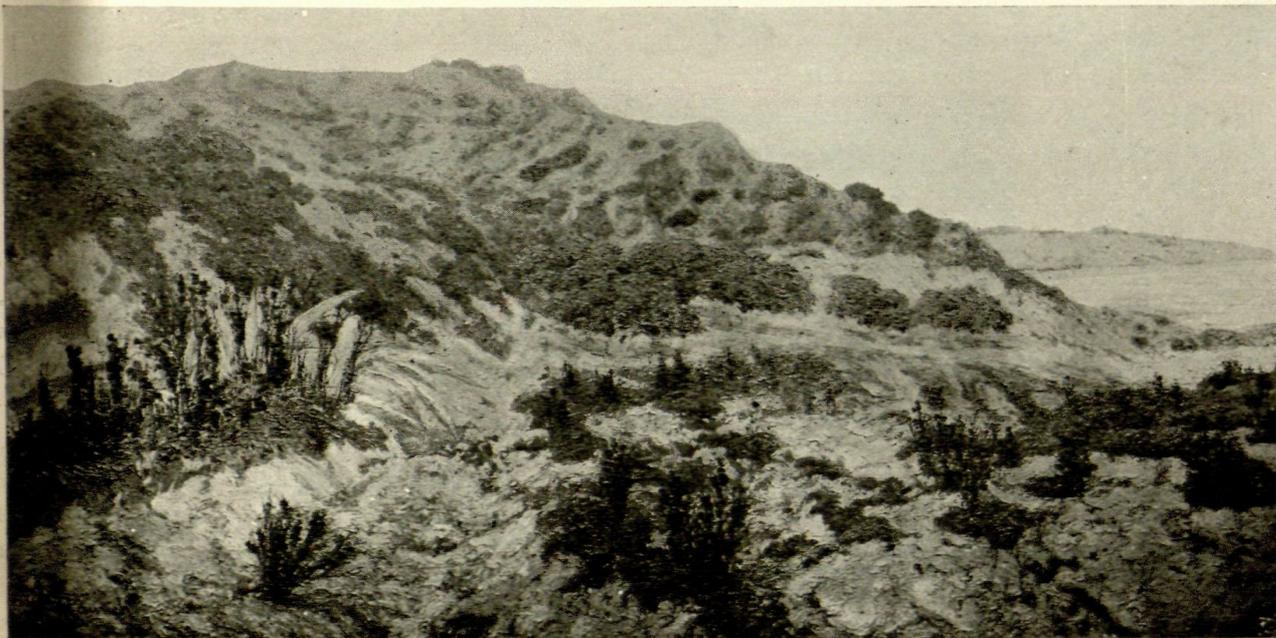


N. RAURICH

LUNA LLENA

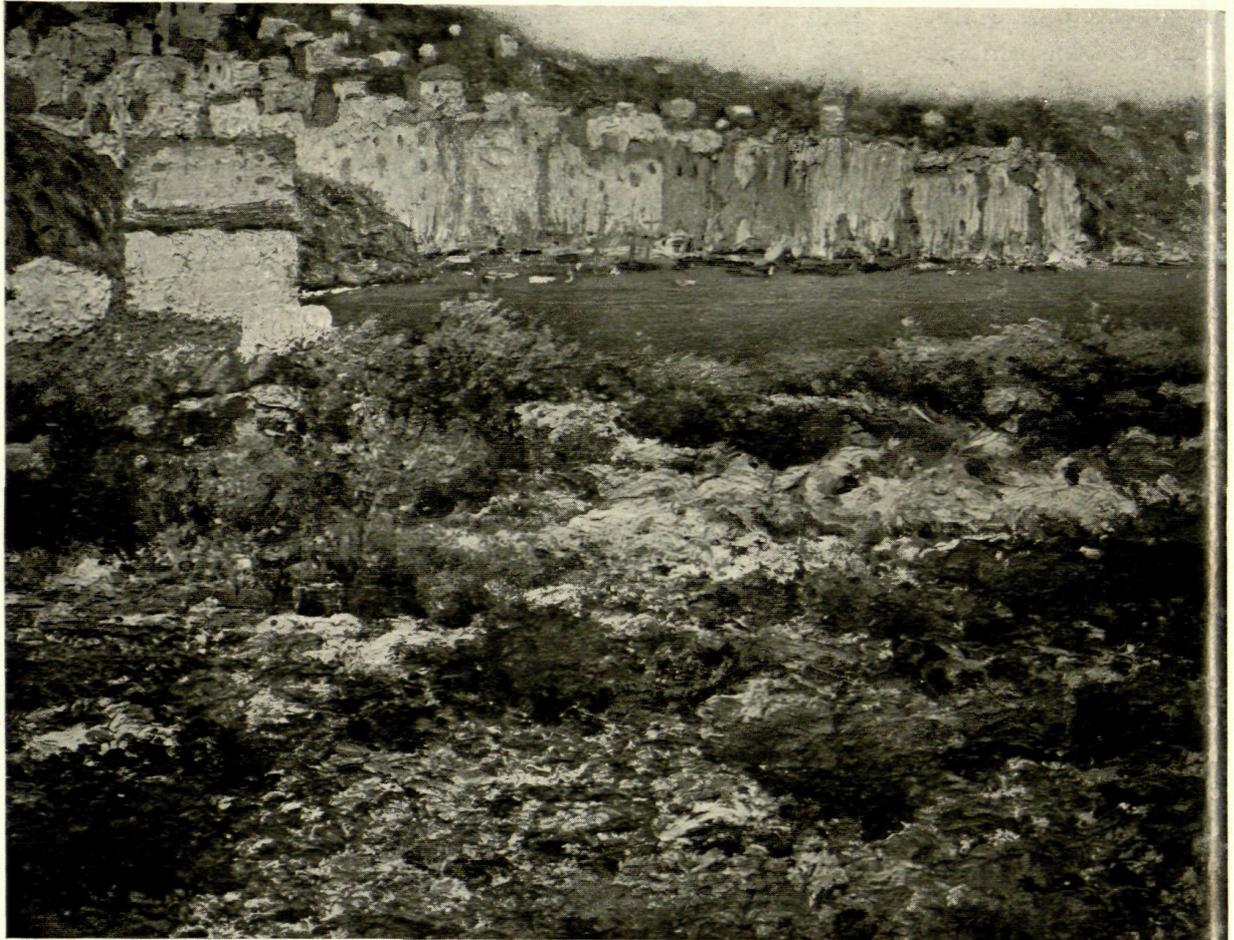
como en una provincia alejada de los grandes centros espirituales, las primeras voces de aquel resurgimiento del color, de aquella afirmación de la verdad de la luz.

Nuestros pintores, los pintores catalanes que de cuando en cuando acudían al Salón de París, para buscar la sanción universal de sus pinturas, diéronse bien presto cuenta de que sus telas, hijas de una tierra de luz como la nuestra, eran oscuras y sombrías al lado de las de aquellas gentes hijas de tierras más grises. El secreto estaba en la verdad de la luz, y al darse cuenta de la falsedad académica, todos los principios rodaron por el suelo como un castillo



NICOLÁS RAURICH

COSTAS DE PINEDA

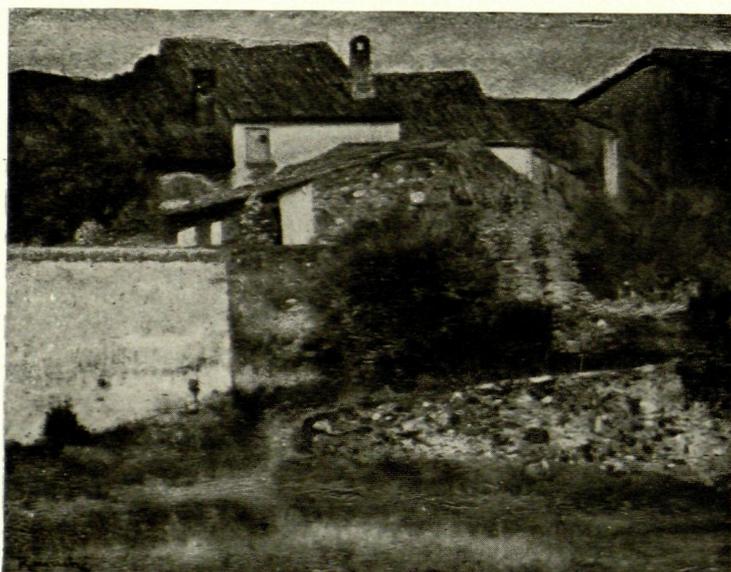


NICOLÁS RAURICH

CALELLA

de naipes, y al período metódico de los paisajistas neoclásicos que aún perduraba, sucedió el período del amarillo, en el cual contestábase la inconsistencia gris de las telas antiguas con una total invasión de cadmiums violentos, revolucionarios, llenos de ansias inexplicadas, pero no menos inconsistentes. Faltaba la deposición de toda violencia, la

creación no promovida por una contraposición, sino hija del amor y del estudio, y al



NICOLÁS RAURICH

UN RINCÓN DE SAN CUGAT DEL VALLÉS

lado de Joaquín Mir, que con la intuición del genio aprovechó de los descubrimientos luministas, guiando a toda una juventud ansiosa, apareció Raurich, que en comparación con las fugacidades de nuestro genial paisajista, nos ofrece un caso de esfuerzo te-



NICOLÁS RAURICH

LA NOCHE. ARGENTONA

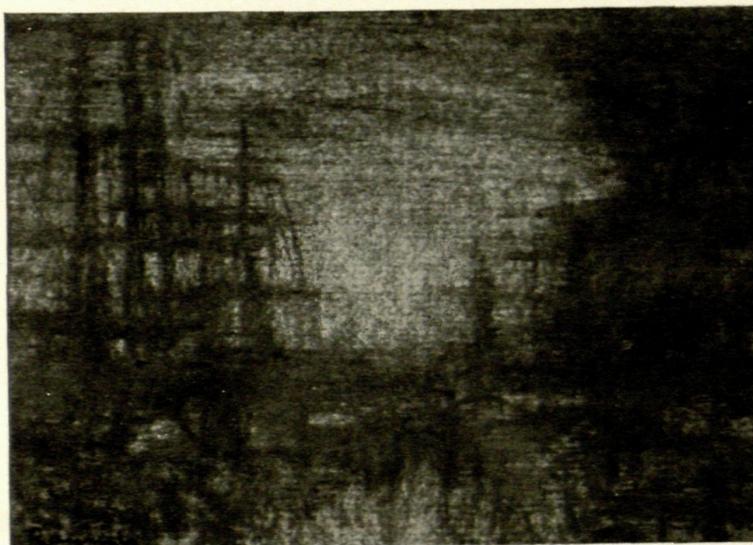
naz, de vigorosidad insistente, de laboriosidad meritísima, no hacia la copia de los cuadros impresionistas franceses, sino hacia la solución de los problemas que planteaba nuestra luz, nuestro espectáculo, que era aquel ante el cual el alma del pintor se conmovía.

Y en esa determinante de la labor de Raurich, una vez más demuestra la fuerza poderosa de su personalidad. Porque si de en-

tre aquella juventud luminista muchos descollaron en el momento tumultuoso de las estridencias, sólo los fuertes, aquellos a quienes

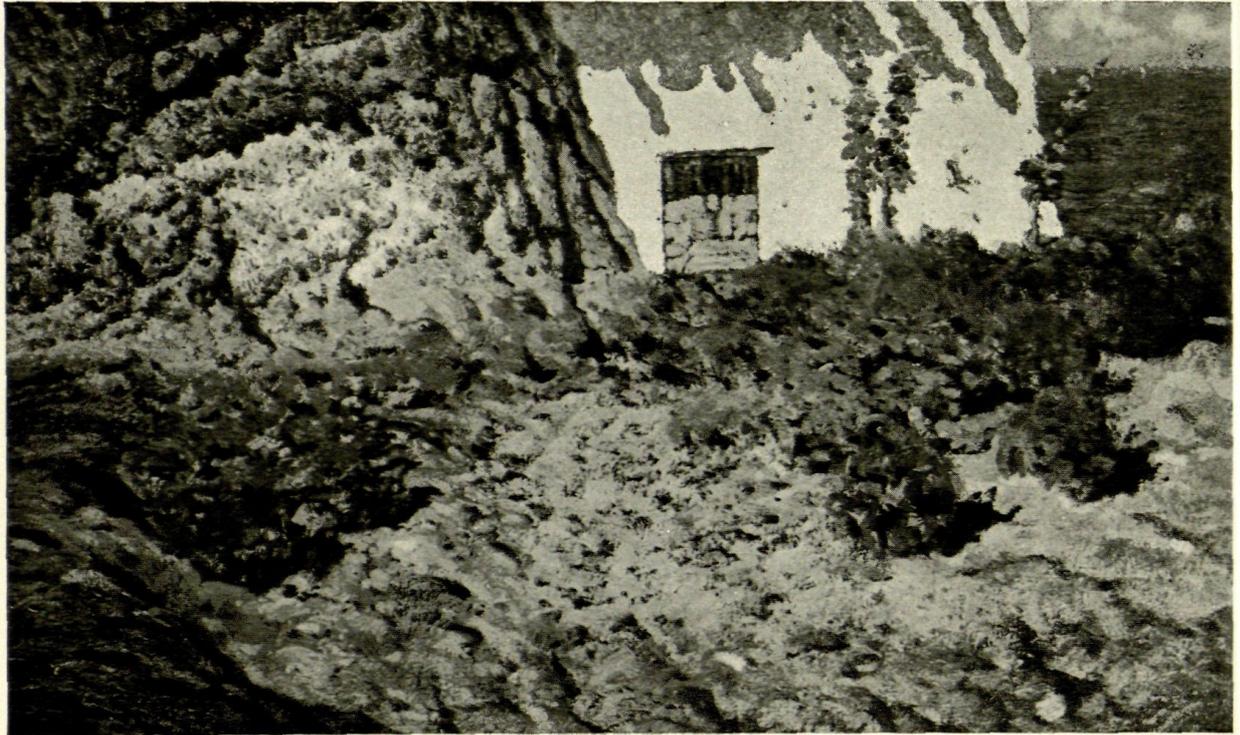
podríamos nombrar valores reales, quedaron como reveladores de una creación, como artistas verdaderos.

Y es porque la revolución aceptaba, no el arte revolucionario, sino la innovación simplemente. y de entre los que en el movimiento tomaron parte,



N. RAURICH

CREPÚSCULO



NICOLÁS RAURICH

UN RINCÓN DE PINEDA

debían de separarse forzosamente aquellos que copiaban lo francés, introduciendo aquí su gusto, pero sin poner nada de su parte, de aquellos que aplicaban el descubrimiento de los luministas franceses a los problemas de la luz que la realidad ante la cual vibraban les ofrecía.

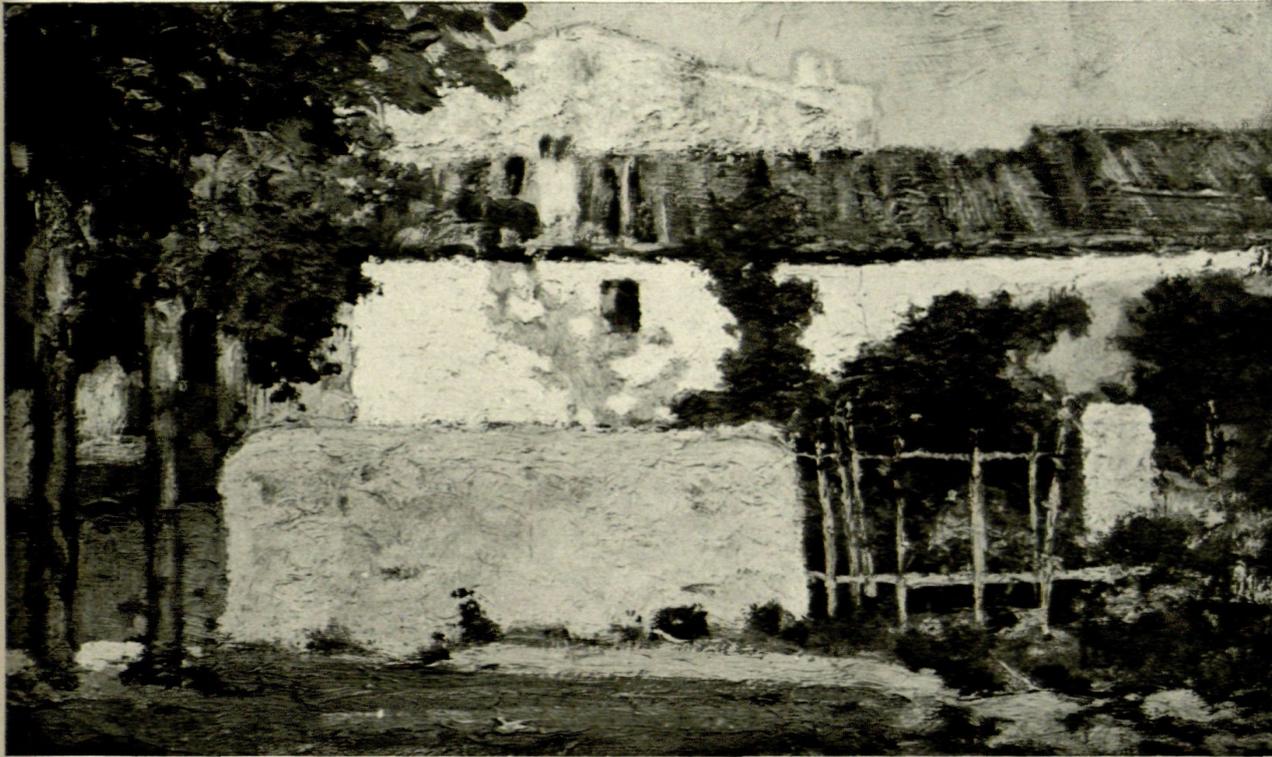
De estos últimos fué nuestro Raurich. Con esa tenacidad inquebrantable que se distingue a través de todas sus obras, resuelve la cuestión, su cuestión, la de su arte; y dotado de una potencia de colorista como pocos la po-



NICOLÁS RAURICH

PROCESIÓN. SAN POL DE MAR

seen, descuella con el oro de sus telas radiantes, al lado de las cuales el tramposo amarillo importado pierde todos sus prestigios accidentales. Por eso, a sus triunfos logrados por las viejas composiciones teatrales, une los triunfos que alcanza con sus obras modernas. Sus lauros nacionales trascienden más allá de las fronteras de su patria. Sus valles pirenaicos y sus visiones mediterráneas, sus nocturnos profundos y sus áureas visiones de la tierra, merecen en París, en Viena, en Niza, en

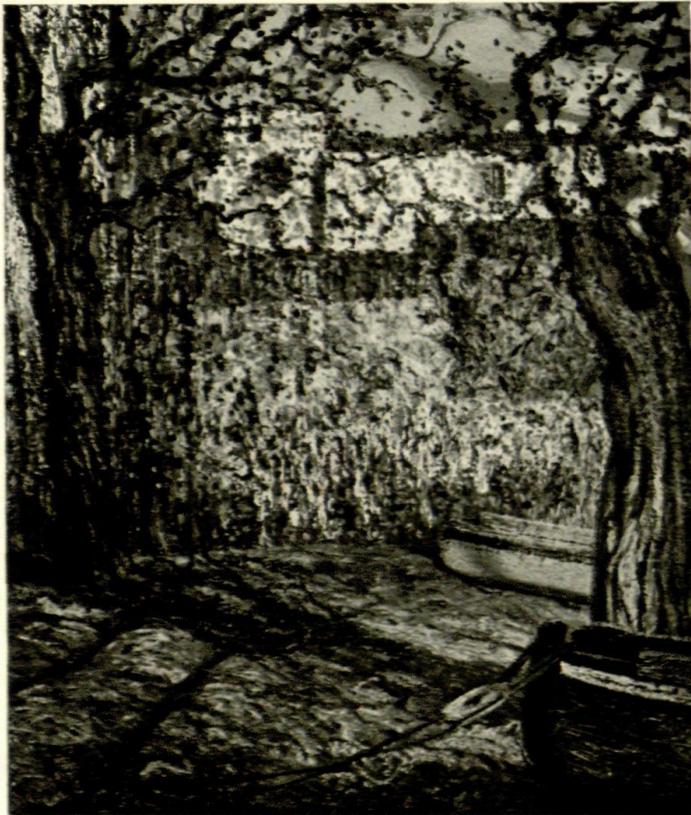


NICOLÁS RAURICH

SOL DE TARDE. PINEDA

Karlsruhe, en Pau, Havre, México, Londres, Roma, Venecia, Atenas, etc., la sanción de los jurados internacionales, y la Sociedad de Artistas Griegos lo nombra socio de honor, a la par que el Gobierno de su país le concede el título de Caballero de la Orden de Carlos III y el de Comendador de la de Alfonso XII.

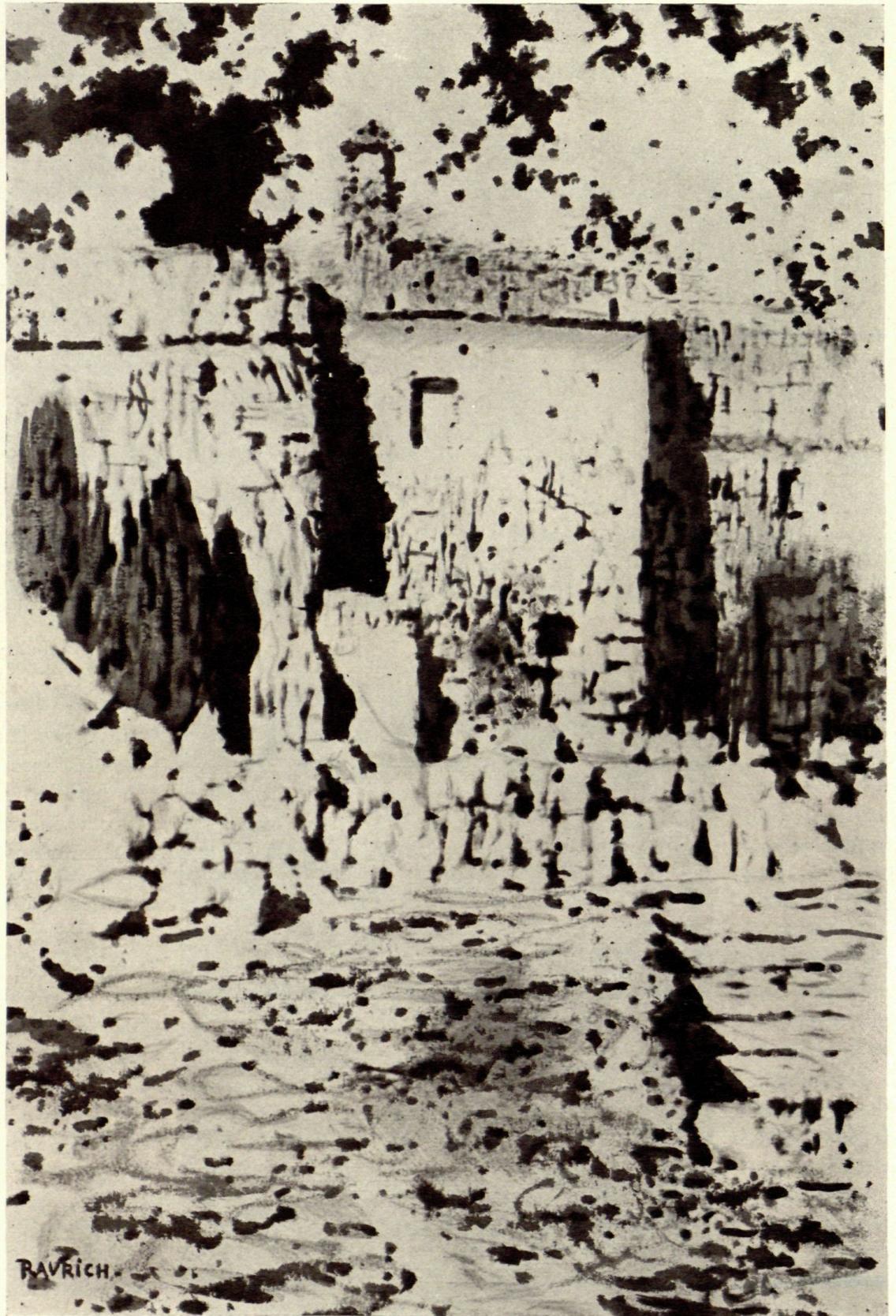
Pero el peso de estas medallas no logra vencer su aguda inquietud. La palpitación de su alma no se atur-



NICOLÁS RAURICH

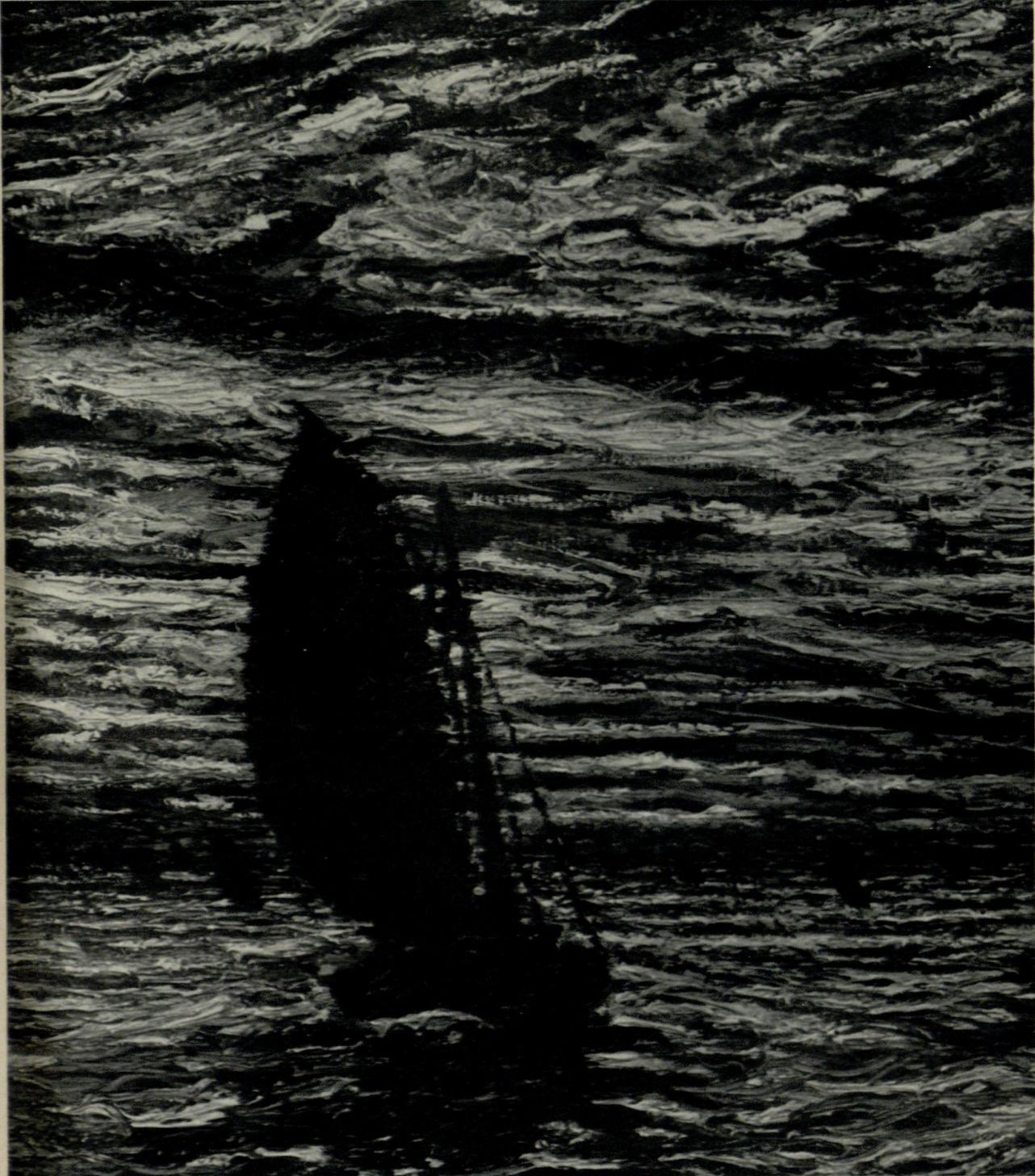
SOL PONIENTE. SAN POL DE MAR

de ante la sanción universal. Su deseo del más allá, su paralelo andar con la vida móvil y variante, no le da tiempo para dormir sobre sus lauros, y olvida el fátuo esplendor de esas recompensas, buscando nuevas actividades en su rincón preferido de San Pol de Mar, donde la vida pacífica de un pueblecito marinero desarróllase ante sus ojos ávidos de emoción, con todos los prestigios armoniosos de la simplicidad latina.



UN RINCÓN DE CASTELLTERSOL,
POR NICOLÁS RAURICH





BARCAS DEL BOU. SAN POL
DE MAR, POR NICOLÁS RAURICH



NICOLÁS RAURICH

OCASO DE OTOÑO. SARRIÀ

Su ciclo de pinturas «Visions Mediterránies», lo último que salió de su paleta potente, atestigua una vez más esa juventud de que hablamos. Allí ante la magnificencia del mar azul y la guirnalda dulce de la ondulada costa, ante la tierra roja que siente el calor del desposorio con el mar inquieto, ferviente, incansable, Raurich descubre las gracias de su adorada Patria, y con emoción sincera, con entusiasmo creciente, canta el poema de nuestro levante, con sus pacíficas

barcas y sus velas blancas, y sus casas humildes, y sus huertos floridos llenos de íntimas delicias para un pincel heroico.

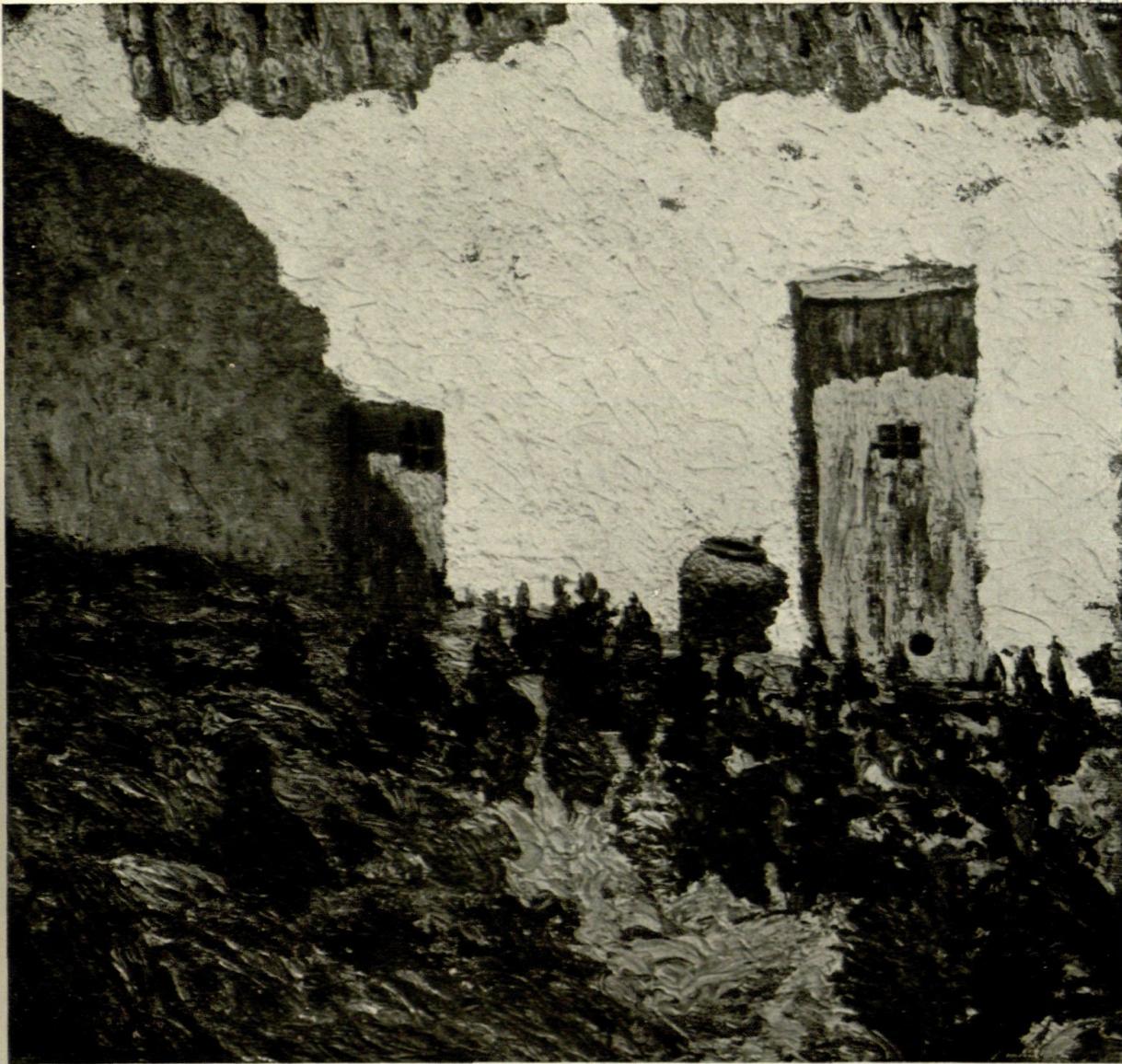
Heroico pincel en efecto, el que ha resuelto la magnífica y agudísima visión de su «Corral» que aquí reproducimos. Hé aquí



NICOLÁS RAURICH

CAMPO DE PINEDA

un trozo comparable a las fuertes luminosidades que logró Fortuny, hé aquí un tema pictórico con fuerza clásica, en el cual vemos establecidos aquellos contactos con las obras maestras del color. Al lado de él



NICOLÁS RAURICH

PAVOS. SAN POL DE MAR

su «Professó», nota brevísima pero de una dificultad pasmosa, sería suficiente para hacer la gloria del colorismo poderoso de Nicolás Raurich, si no cantara su «Mar Llatina» bordada de espumas, y en las paredes de la Galería del coleccionista barcelonés D. Luis Plandiura, — gracias al cual podemos dar fielmente la reproducción de algunas de sus más señaladas pinturas. — no hubiera otras telas no menos elocuentes que no contaran esa fuerza robusta que es su mejor gloria.

Es justamente por la labor digna de todo encomio de este coleccionista, cuyo nombre

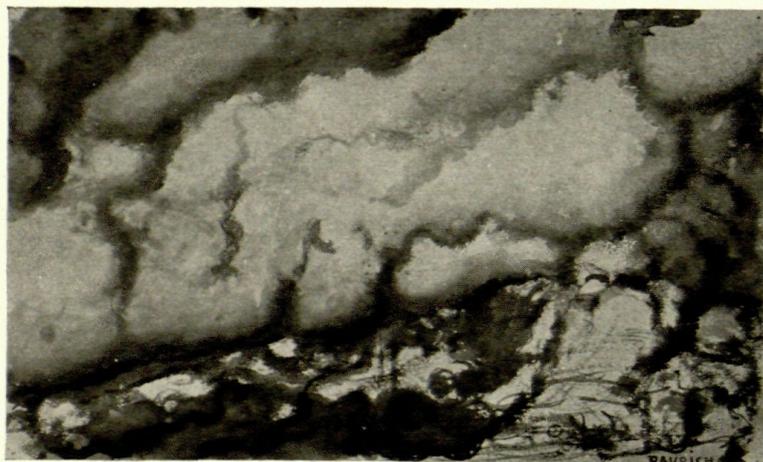
debe unirse a la breve pero sustanciosa historia del renacimiento pictórico catalán, que podemos ver reunidas las más notables pinturas del último período de Raurich, el hombre sensible y el técnico poderoso. Sus obras son como una estela de luz por donde vemos pasar su alma de visionario de nuestra realidad dorada: los grumos coloridos de sus telas, como el balbuceo informe que aspira a la elocuencia, que logra la elocuencia gloriosa. A su espíritu y a sus manos Cataluña debe las mejoras estrofas del himno de su luz mediterránea y una de sus riquezas espiri-



NICOLÁS RAURICH

ENTRE DOS LUCES

tuales más estimables. Raurich, al lado de los modernísimos pintores que buscan la esencia limpia de las cosas y los principios puros de nuestra latinidad, un romántico; pero Raurich es una fuerza, un valor hu-



NICOLÁS RAURICH

PUIG DE ROSANAS

mano. Su pintura no es la pintura de la inteligencia, el fruto puro de la razón acusada, hecha arte por tal acusación, sino un objeto

de conmoción de la sensibilidad; pero una conmoción donde sentimos lo mejor de nosotros mismos levantarse para mostrarnos la razón de nuestra ley. Tales Raurich en su propio valor y dentro de los valores de la pintura catalana. Sus obras dirán aquello que nosotros no podríamos decir.

JOAQUÍN FOLCH Y TORRES.